

El grafito salvador

Hace días que me tienen encerrado aquí. Es curioso, ya no puedo recordar dónde es aquí. Dicen que tengo que tranquilizarme. ¡Qué sabrán ellos! ¡Hijos de puta! No, no son ellos los que tienen que pelearse con esos monstruitos para que no se me suban por las piernas arriba. Y me lo han quitado todo, los cabrones. Ni el papel, ni el puto lápiz me han dejado. No sé qué de un ataque a alguien clavándole el lápiz. ¡Mentira! Lo hacen para joderme. Dicen que estoy enfermo, con anemia y no sé qué mierdas más. Pero los joderé yo a ellos. Encontré en el suelo una punta de grafito que he escondido en la boca y con ella escribo en el papel del váter. Es una mierda el papel del váter, se rompe siempre y tengo que escribir muy despacio porque las manos me tiemblan demasiado. Además, los cabrones de los monstruitos saben que es mi bien preferido y es lo primero que quieren comerse. ¡Ahí están! Acaba de pasar uno a toda pastilla, de esquina a esquina, mirándose de soslayo y con esa risita taimada a la que no me acostumbro. Son unos expertos escondiéndose; no he podido averiguar dónde demonios tienen su guarida. Tengo que limitarme a esperar su jodido ataque o a verlos pasar como ahora, con esa mierda de sonrisa que me enseña sus dientes ennegrecidos. Hay uno especialmente cabrón, uno que tiene una especie de penacho rojo entre sus enormes orejas. El muy hijo de puta logró morderme en el tobillo en una ocasión, y ahora, cada vez que aparece, hace contorsiones espectaculares descojonándose de risa mientras me señala con su asquerosa garra. No sé si es macho o si tiene atributos sexuales, pero como lo coja eso será lo que le haga, descojonarlo antes de retorcerle el pescuezo. ¡Ah, cómo se me reseca la boca! ¡Lo que daría ahora por un trago para calmar este ardor que siento en el estómago! Es como un jodido volcán que no se apaga nunca. Está siempre ahí, latente, y de vez en cuando erupciona, para amargar todavía más la miserable existencia que llevo entre estas cuatro paredes. ¡Ahí están esos cabrones! Cada vez que miran por el ventanuco ese, tengo que

disimular tirando de la cadena y esconder el grafito entre la encía y el carrillo. Deben pensar que tengo una diarrea descomunal. ¡Pues que vengan a comprobarlo! ¡Hijos de puta! Ahora me dan la comida por una trampilla que hay en la parte de abajo de la puerta. Ahí está la mierda de arroz blanco con el pescado. Todavía no he probado bocado. A mí no me van a engañar, sé con certeza que esos cabrones me quieren anestesiar para experimentar conmigo. Pero se van a joder, porque antes me dejo comer por los monstruitos de mierda. Mientras tanto aguento, todo lo que puedo, y lo escribo en este papel del váter, para que alguien pueda algún día saber a qué se dedican estos cabrones. ¡Ahí va!, ¡ése es el que me mordió! ¡Cabrón de mierda! Se ha parado y me ha hecho un gesto con una de sus garras metidas entre sus deformes y arrugadas piernecitas y ha seguido su camino con una risa escandalosa. ¡Maldito seas! Antes aún podía tirarles alguna cosa, pero ahora no tengo nada que lanzarles. Hasta la escobilla del váter me quitaron. ¡Qué cabrones!

¿De qué se alimentarán los monstruitos estos? La comida que yo dejo intacta tampoco la prueban ellos; quizás saben que tiene alguna sustancia nociva y por eso no la prueban. Yo no tomo nada de lo que me dan esos cabrones; ni el agua embotellada que me traen con el precinto intacto. Bien sé que le inyectan con jeringuilla el narcótico... o quizás ya se les ocurrió probar sus asquerosas sustancias directamente, sin anestesiarme ni nada. Sí, se creen muy listos, muy inteligentes con toda esa palabrería pseudocientífica. Pero no me engañarán a mí; mal saben que la poca agua que bebo para no deshidratarme la tomo directamente de la cisterna. No está muy limpia, pero me garantiza que no esté manipulada.

Me encuentro muy cansado. Antes tenía un camastro de éhos de armazón de metal, con un metálico viejo, de los que hacen ruido cada vez que das una vuelta. Esos cabrones sólo me dejaron el colchón en el suelo; ni sábanas, ni mantas, ni una colcha... nada. Tampoco lo necesito, hace tanto calor que la mayor parte del tiempo lo paso casi desnudo. ¡Estos hijos de puta lo tienen todo pensado! Me quieren deshidratar a base de este calor agobiante para obligarme a beber el agua con sus asquerosos productos. Estoy cansado. La verdad es que no duermo mucho. Sé que me vigilan constantemente y no puedo permitirme dormir durante mucho rato, podrían entrar y hacerme inhalar cualquier cosa aprovechando mi sueño. Además, están los otros cabrones, los asquerosos

monstruitos, que están siempre alerta - no sé cómo lo hacen - para asaltarme a lo bestia al menor descuido. Lo hacen siempre igual, siempre con la misma táctica. Lo descubrí un día que me hice el dormido durante el tiempo suficiente como para que se confiaran. Los muy cabrones son anárquicos en el ataque, pero organizados en la avanzadilla. En vanguardia avanza uno, nunca el mismo, con lentitud, asegurándose que no me muevo. Y detrás de ese, a una distancia prudencial, asoman las orejas de dos o tres más, también caminando con lentitud y observándome con esos ojillos negros que brillan hasta en la más oscura de las esquinas. Cuando llega junto a mi pie, el explorador me toca con su garra asquerosa para asegurarse de que mi sueño es profundo. Por detrás de él, a cada lado y separados por esa distancia prudencial, se encuentran los otros, tan nerviosos como el explorador, temblando de la excitación que les embarga por joderme la existencia. Detrás de estos se puede vislumbrar un grupo compacto a la expectativa, esperando que la vanguardia se abalance sobre mí para ellos hacer lo mismo entre gritos agudos y contorsiones histéricas. Y es siempre así, la misma forma de proceder en todos los ataques. Excepto el primero; aquel fue distinto. No los vi venir y me cogieron desprevenido. No los esperaba; a decir verdad, ni siquiera sabía que existían. Entonces, yo era feliz. Todavía me publicaban lo que escribía, y se vendía bien; era de los escritores más solicitados. Pero aparecieron estos cabrones, con aquel ataque inesperado que me llenó de pánico y del que me defendí como pude... y ya nada volvió a ser igual. Nadie me creyó. Y ahora me tienen secuestrado estos hijos de puta, para experimentar sabe Dios qué cosas conmigo. Quizá me quieran para quitarme los órganos y venderlos al mejor postor en el mercado internacional. Acaso quieran experimentar con mi cerebro mediante elixires no aprobados por Sanidad. Pero no lo conseguirán. Por lo menos no me cogerán vivo. Tengo la garantía de que los jodidos monstruitos esperan, no sé dónde, para atacarme y destrozarme a mordiscos. De momento me dedico a escribir todo lo que me pasa entre estas cuatro paredes, en las que los miserables que me tienen secuestrado intentan experimentar conmigo bajo la infantil excusa de que es por mi bien, que estoy muy enfermo y si no les hago caso corro riesgo de morir y cosas por el estilo. ¡Cabrones, ni siquiera saben hacer una guerra psicológica decente! ¿De dónde habrán salido unos indeseables como estos? Me pregunto si están compinchados con los monstruitos, si todo es un complot perfectamente urdido

por una mente privilegiada. Ya no recuerdo si el primer ataque fue aquí o fuera de estas paredes. La memoria me falla y la punta de grafito es cada vez menor, ya casi no puedo sostenerla entre los dedos. Sólo me queda esperar cual de los dos asomará su jodida mirada la próxima vez. Quizá les diga que sí a todo a cambio de un trago.